

yerta fantasía, y aún en el fondo de la población se conservan tan vivos los sucesos de otras edades, que uno cree respirar antigüedades hasta en las calles que no reflejan otros colores que los de este siglo. Alzanse allí á nuestros ojos no sólo la sombra de la Edad media, sino también la de edades más remotas: la que no evocan las tradiciones, la evocan documentos escritos en páginas de piedra.

En Martos, entre los sillares de los edificios, al través de la cal que cubre los paredones de sus casas, bajo las plantas mismas del viajero, se encuentra á cada paso inscripciones que hablan de una ciudad turdetana, llamada Tucci, consagrada especialmente al culto de Hércules y Marte, declarada colonia por Augusto, y tan mentada en Roma por sus recuerdos sagrados, que el emperador Tiberio hizo dedicar en ella una memoria á aquel antiguo semi-dios, al héroe de la Libia. Esas piedras medio desgastadas revelan aún el nombre de los romanos que la poblaron, el de la tribu á que pertenecían las familias que la ennoblecieron, el de los césares que merecieron más el amor de los tucitanos; hacen especial mención de los soldados de la legión décima, de las familias de la tribu Sergia, de Octaviano, de Aurelio, del español Adriano; manifiestan que Tucci fué también llamada Augusta Gemella y ciudad de Marte, y la peña llevó antiguamente el nombre de Columna de Hércules (1).

(1) He aquí las principales lápidas á que hace referencia el texto:

1. ^a	IMP. CAES M. AURELIO. PROBO PIO. FEL. INVICTO AUG. P. M. TRIB. POTESTATIS. VI. COS. IV. RESPUBLICA. TUCITANORUM DEVOTA NUMINI MAJESTATIQUE. EJUS D. D. CURATORE. TIRIO. CLAUDIO SUB COLOSO.	2. ^a	ANICLÆ. SEX. F. POSTUMÆ. ETRIL. AFRI. COL. AUG. GEM. D. D.
		3. ^a	LIBICO. HERCULI DEO. INVIC. STATUAM. ARG. C. L. P. CIVITAS MARTIS D. S. P. P. P.

Pero no hablan esas lápidas del destino de esta ciudad, y la historia está desgraciadamente tan muda sobre su origen, como sobre las revoluciones que pudieron producir su ruina. Tucci es, como otras tantas ciudades, un enigma; la cubren aún las nieblas impenetrables de los siglos. Han arrojado alguna luz los anales eclesiásticos; pero no han bastado para vencerlas. Consta que á fines del siglo III hubo en esta ciudad un obispo, llamado Camerino, que firmó las actas del concilio nacional de Elvira; consta que los hubo sin interrupción desde antes del año de 588 hasta después del 653 ya por algunos decretos de los reyes, ya por las actas de los concilios nacionales de Toledo y las de los principales de Sevilla; consta por los últimos concilios toledanos que los hubo desde el 677 hasta la invasión de los árabes; consta que los hubo hasta bajo la misma dominación sarracena por una inscripción que se encontró en la base de la torre de San Francisco. Se sabe que todos estos prelados firmaron siempre llamándose obispos tucitanos; y es según esto indudable que debió existir hasta ese tiempo la ciudad de Tucci (1).

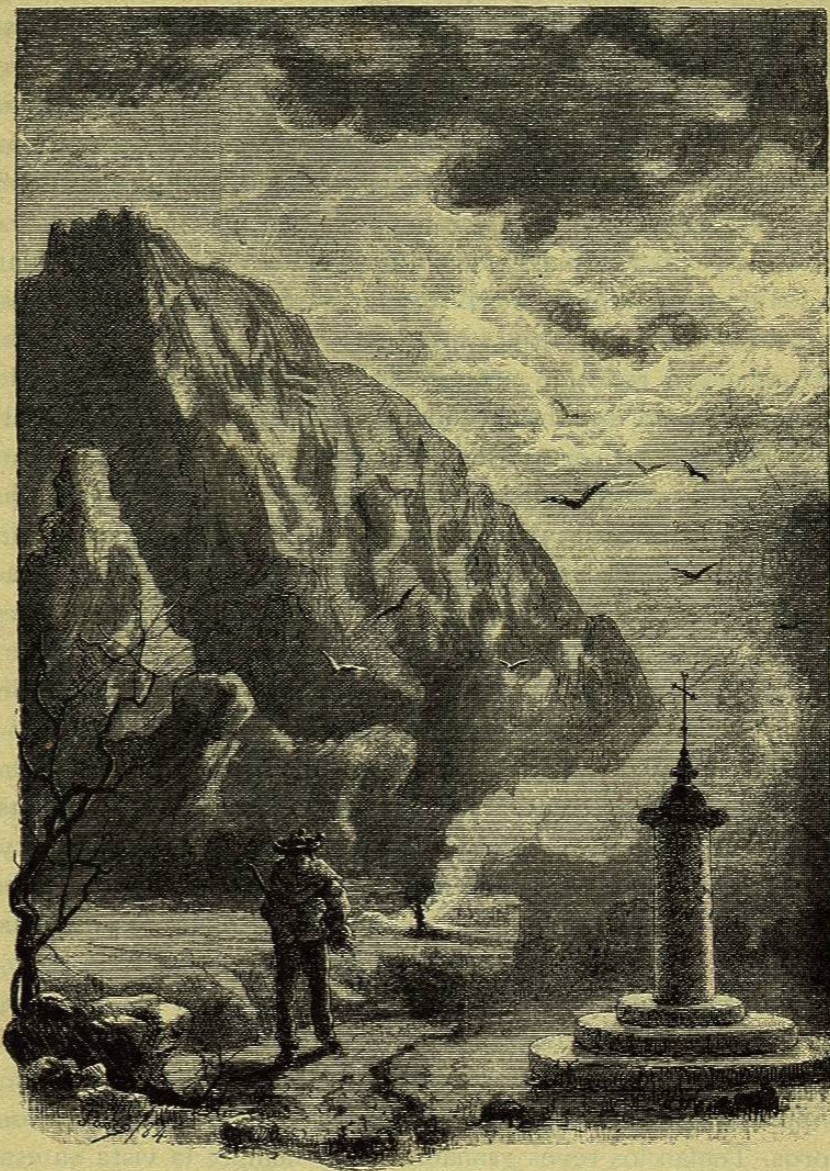
4. ^a	HERCULI. INVICTO. TI. JULIUS. AUGUSTI. F. DIVI. NEPOS CÆSAR. AUG. IMP. PONTIFEX. MAXIMUS DED.	5. ^a	HERCULIS. ANTICUA. CLARISSIMA. RUPE. COLUMNA DICERIS. A. CLARO. STEMMAE. NOMEN. HABENS.
	Q. JULIUS Q. F. T. N. SERG. CELIUS AED. II. VIR. BIS DE. SUO. DEDIT.	6. ^a	G. URBANIC. FIRMINO MIL. LEG. X TULINGL.

(1) He aquí el catálogo de los obispos de esta ciudad según el P. Flórez: —Camerino, consagrado cerca del año 296: firmó el concilio Iliberitano. — (No se encuentra luego noticia de otro obispo hasta fines del siglo VI en que aparece firmado el concilio III de Toledo por) —Velato, obispo tucitano, que lo fué desde poco antes del 588 hasta principios del siglo VII. Suscribió el concilio de Sevilla, presidido por el arzobispo Leandro. — Agapio, desde antes del 610 hasta cerca del 616: firmó un decreto del rey Gundemaro dado en aquel año á favor de la silla metropolitana de Toledo. — Fidencio, desde cerca del 616 hasta poco después del 633:

Mas ¿cuándo pudo desaparecer? ¿cuando se verificó la transformación de ciudad en villa, y la del nombre de Tucci en Martos? ¿Resistió tal vez á los árabes y fue destruída? ¿La desgarraron las guerras civiles de los mahometanos? La historia sigue muda sobre esta ciudad hasta poco antes de su entrega á los reyes de Castilla. Refiere que Mohamed, saheb de Baeza, la unió á su reino y la cedió después al Rey Santo como en pago de su alianza; pero no indica que hubiese sido tomada á fuerza de armas. Ensangrentáronla las armas en terribles asaltos: pero después de haber pasado al poder de San Fernando, cuando no existía ya la ciudad de Tucci, sino la villa de Martos.

Entonces y sólo entonces es cuando llega á figurar Martos en las crónicas y las leyendas; sólo entonces es cuando se abre la serie de sucesos caballerescos que la llenaron de gloria y de poesía. Encargóla San Fernando apenas tomada á un D. Gonzalo Yáñez de Navoa, maestre de Calatrava, á un D. Alvar Pérez de Castro, señor de Paredes, á un D. Tello Alonso, hijo del señor de Meneses, á caballeros ya célebres por sus hazañas y su aventurado arrojo; y la ilustraron estos no sólo con sus repentinas invasiones en país enemigo, sino con la defensa que de ella hicieron acometidos sin cesar por los reyes de Granada. Las mismas damas de estos héroes supieron sostenerla con gloria contra los ejércitos infieles. En 1238 presentóse El-Ahmar ante sus muros cuando no había quien la defendiese, cuando estaba Pérez en Castilla, Yáñez en Baeza y Tello Alfonso en algarada, y no pudo sin embargo extender sobre ella sus armas

suscribió el concilio II de Sevilla, y firmó por él en el IV de Toledo un presbítero llamado Centauro.—Guda, desde cerca del 634 hasta el de 646: firmó el concilio VI de Toledo.—Vicente, desde cerca del 646 hasta después del 653: suscribió el concilio VIII de Toledo.—(Desde el 653 hasta el 677 se ignora quién ó quiénes lo hayan sido.)—Sisebado, desde cerca del 677 hasta después del 693: firmó los concilios XII, XIII, XIV, XV y XVI de Toledo.—(Del tiempo de los árabes no se conserva el nombre de ningún otro obispo que el de Ciprián. En una inscripción que fué hallada en la base de la torre de San Francisco, convento de la misma villa de Martos, se lee: Cepriano, Episcupu ordinante edificavi.) Desde que fué reconquistada Martos por San Fernando, dejó de ser silla episcopal: pertenece desde entonces á la diócesis de Jaén.



JAÉN.—PEÑA DE MARTOS

vencedoras. D.^a Irene, esposa del de Castro, escribió resueltamente á Tello que se dejase caer cuanto antes sobre la villa, y en tanto mandó ocupar los adarves por sus dueñas y doncellas. Hizo trocar á todas la toca por el almete y la aguja por la espada, y ella la primera presentó entre las almenas el pecho al enemigo. «Aprendamos á ser dignas de nosotras y de nuestros dueños, antes muertas que cautivas, exclamó, y se preparó con brío á la defensa.»

Afortunadamente El-Ahmar, que vió por momentos brillar en los muros mayor número de celadas, receló, desconfió, y no se atrevió á dar el asalto. Llegó entre tanto Tello, seguido de Vargas y un reducido séquito de hidalgos, buscó por dónde romper el cerco, se abrió osadamente paso con su lanza y alcanzó al fin las puertas de la villa, aunque regando el camino con la sangre de Padilla y otros soldados. Vacilaba por de pronto Tello en atacar el campamento de los infieles, mas le decidieron á poco las palabras enérgicas de Vargas, que achacando á mengua indigna de hidalgos el temor de perder sus vidas, se mostró resuelto á morir como caballero antes que, dejando en peligro á Martos y á la condesa, presentarse sin honra ante Alvar Pérez y ante San Fernando (1).

Ese arrojo de Vargas y de Tello fué decisivo. Retiróse la condesa al verlos creyéndose ya salvada, cobraron bríos las tropas que defendían la Peña y amenazaron el campo moro; y El-Ahmar se vió en breve obligado á levantar el cerco abandonando del todo una empresa de cuyo buen éxito dependía la paz y la seguridad de las fronteras de su reino. Fué todo luégo regocijo y animación en Martos; pero no tardó en venir de nuevo á cubrirla de luto la muerte de Alvar Pérez, tras la cual fué dada á la Orden de Calatrava, con todos los pueblos de su Arciprestazgo, para que sus freires la defendiesen contra los moros. Tenían los reyes granadinos fija siempre la vista en esa

(1) Seguimos en la relación de este hecho la *Historia General*.

peña escarpada que era para ellos el mayor escollo; y se temía con razón que había de salir del poder de los cristianos á no estar sujeta á la mejor espada (1).

Confirmó á poco el tiempo la justicia de estos recelos. Cercaron de nuevo á Martos los moros gazules en 1244, mientras estaba San Fernando en Córdoba y el príncipe D. Alonso en la vega de Granada, y la hubieran probablemente vencido, á no ser el arrojo de Juan Pérez, comendador de Calatrava, que, á pesar de hallarse con escasas fuerzas para defender el castillo, se armó de todas armas, montó en su caballo de guerra, se puso á la cabeza de algunos freires, y cayó tan precipitadamente y con tanto ímpetu sobre los sitiadores, que los acuchilló, derrotó é hizo levantar el cerco, obligándolos á dejar el campo cubierto de vituallas, armas y cadáveres. Eran los gazules bravos y en gran número, y hubiera sido difícil arrojarlos de las murallas de la villa sin uno de esos hechos heroicos de que tan á menudo solían dar ejemplo caballeros que habían consagrado su vida en defensa de su religión y de su patria.

Mas no escarmentaron aún los moros. Ayudados por los Beni-Merines de África, llegaron en 1275 al pié del mismo Martos, y dieron en los alrededores un día de luto al ejército cristiano. Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del rey D. Jaime de Aragón, se arrojó imprudentemente contra ellos llevado de su celo religioso, y perdió allí la vida y la batalla. Cayó sólo cautivo; pero disputándose luégo africanos y granadinos á qué rey debía ser entregado, fué muerto por el arráez Aben-Nazar, que adelantándose entre los caballeros de uno y otro bando, ya dispuestos á venir á las manos, «no quiera Dios, dijo, que por un perro cristiano se derrame la sangre de tantos buenos musulmanes,» y le pasó de una lanzada. ¡Muerte fatal que llenó de consternación las armas castellanas y fué á herir en lo más

(1) De la carta de donación en que cedió San Fernando la villa de Martos á la orden de Calatrava hemos copiado lo más importante en el capítulo anterior (V.).

vivo el corazón de un padre ya próximo al sepulcro! Lloráronle á Sancho cuantos conocieron sus virtudes; lloráronle á pesar de haber arrastrado en su caída á caballeros como Juan Fernández Beleño, Lorenzo Venegas y Rui López de Haro.

Más desgraciada fué aún la muerte que, según muchos historiadores, sufrieron cuarenta años después en la misma villa de Martos otros dos ilustres caballeros. No fueron sacrificados á manos de enemigos, sino á manos del verdugo; y siendo inocentes, pagaron con su sangre el crimen que otros cometieron. La infamia selló su frente pura como la de los ángeles del cielo; y ellos, tan nobles de corazón como de origen, fueron despeñados como viles, asesinados como esclavos.

Es una historia terrible la de estos hombres. Eran dos hermanos, y animados de las mismas ideas y de los mismos sentimientos, vivían bajo un mismo techo, corrían los mismos peligros, vestían sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava. Jóvenes de corazón ardiente, eran sobre todo celosos de su honor, peleaban los primeros en las batallas y no podían acabar de oír una palabra injuriosa sin desnudar la espada. Habrían combatido por su honor contra el mismo rey, y un día que se creyeron afrentados por uno de los hombres más poderosos de la monarquía, no dudaron en retarle y se batieron como buenos en el campo.

Él era Benavides, ellos Carvajales, familias que separaba durante siglos una rivalidad funesta. Larga y recia fué la lucha, pero salieron al fin vencidos. Llenos de tristeza y de despecho, se maldijeron á sí mismos, y llegaron á regar con lágrimas aquel lugar testigo de su vencimiento; mas no pudieron concebir siquiera el menor proyecto de venganza. Su frente rechazaba todo pensamiento innoble como su corazón todo bastardo sentimiento, y devoraron en secreto sus pesares esperando ver abierta de nuevo la guerra contra los moros de Granada, á fin de restaurar á la sombra de las banderas reales el brillo de su escudo. Comendadores ambos de su orden, creían oír la voz de

Dios en los trémulos sonidos de la corneta que los llamaba contra los infieles; y hubieran tenido á mengua no pelear por la defensa de su patria.

No les cupo ya, sin embargo, la suerte de volver á blandir su espada; el destino los había señalado por sus víctimas y les estaba preparando la copa doblemente amarga de la afrenta y de la muerte. Benavides, su rival, privaba con los reyes; y una noche al dejarlos, fué acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales que le derribaron en silencio sobre los mismos umbrales de palacio. Sabedor de la noticia el Rey, se conmovió, se enfureció é hizo resonar pronto las bóvedas de sus salones con gritos de venganza. Han muerto á mi mejor amigo, decía: han muerto al mejor defensor de mi trono; decidme dónde están sus asesinos. Id y seguid todos sus huellas: no perdonéis sacrificio alguno para traerlos entre hierros: gota á gota he de derramar su sangre y la sangre de sus hijos. Han muerto al héroe de mi reino, y hasta en la cabeza de sus nietos he de vengar el crimen.—Pero todos seguís contemplando mudos mis tormentos, prosiguió á poco el Rey: ¿ni uno solo ha de haber entre vosotros que se atreva á señalar con el dedo al asesino?

Reinó por momentos un silencio profundo; pero á poco se alzó una voz que se aventuró á recordar el desafío de los Carvajales. ¡Recuerdo fatal!—Ellos, ellos son los traidores, exclamó al punto el monarca; aborrecían de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los bandidos. La gloria y el esplendor de este hombre les atormentaba y le han hecho morir, le han hecho morir en medio de la oscuridad, en los sombríos umbrales de mi mismo alcázar. Corred y arracad de sus hombros el manto de Calatrava; he de tomar de ellos una venganza que haga estremecer á los nacidos. Han manchado de sangre mi palacio, han muerto al mejor de los hombres; ¿qué castigo podrá haber en la tierra que pueda igualar su crimen? Yo os pido consejo á todos los que honráis mi corte y lamentáis mi

desventura, ¿á qué muerte no se han hecho acreedores los infames? ¿qué haríais de esos bastardos Carvajales?

Todos oyeron con atención al Rey; pero pálidos y desconcertados permanecieron como las estatuas de un sepulcro. No se atrevieron á proferir ni una palabra, y llegaron á turbar con su silencio al mismo Rey, que estuvo algunos instantes con los ojos fijos en el suelo y la cabeza doblada sobre el pecho. Pero el Rey estaba exasperado por el dolor, y no podía apartar de su frente la sospecha.—¿Amáis aún á los Carvajales? dijo; traidores como ellos son indignos del amor de un caballero. Deshonraron la nobleza, y hasta la tierra que huellan los rechaza. Han abierto su tumba con sus propias manos; no merecen que los sepulten en ella sino las manos del verdugo. Han de morir, han de morir, exclamó, y en un cadalso he de vengar á Benavides.

Preocupado desgraciadamente el rey por esta idea, no vió llegada la hora de su venganza. Partió con su ejército para Jaén, cayó como el rayo sobre Martos, mandó prender á los dos hermanos y los condenó sin oírlos á ser precipitados desde lo alto de la Peña. En vano protestaron contra tanta iniquidad los sentimientos de todo un pueblo, los suspiros y maldiciones de toda una familia, las sentidas quejas de los comendadores, que sin cesar alzaban la voz al cielo invocándolo por testigo de su inocencia; cerró á todo sus oídos y no escuchó ni recibió hasta ver ya llevada á cabo su voluntad y dejar aplacada como él creía la sombra del desgraciado Benavides.

Verificóse la ejecución al nacer el día. ¡Ay! el mismo cielo pareció tomar parte en el duelo que reinaba en Martos. Nubes negras como la noche cerraban el paso en oriente á los rayos del sol; nieblas agitadas ligeramente por las auras iban cubriendo las verdes faldas de los cerros del contorno. La naturaleza misma estaba sumergida en el silencio: no se oía una sola voz, no se atrevían ni los hombres á desplegar los labios. Salieron á poco los dos hermanos y fueron conducidos entre lanzas á uno

de los ángulos de la Peña; mas el pueblo, que los vió desde la llanura, lloró sin proferir palabra. Sólo las víctimas pudieron ya interrumpir silencio tan solemne. Puestas al borde del abismo, protestaron acerca de su inocencia; y al verlo todo mudo en torno suyo, firme la voz y sereno el semblante, — Injusto Rey, exclamó uno de ellos, el crimen no ha podido manchar aún la frente de los Carvajales á quienes condenas á muerte; con la espada del valiente y no con el puñal del bandido han derramado siempre la sangre de sus enemigos. Benavides les había ofendido, pero fué víctima de la venganza de hombres inicuos, no de los Carvajales, que han conservado siempre el honor del caballero. Nos has condenado á muerte y no la tememos, pero has mancillado también nuestro honor, y ¡tiembla, oh rey, si nos han sacrificado tus pasiones! porque para ante la justicia eterna apelamos de tu fallo, y para ante el trono de Dios te emplazamos dentro de treinta días. Nos juzgará á todos el Señor, y si eres tú el criminal, ¡despeñado seas de los piés de su solio con la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros en este monte por las manos de tus verdugos.

Doblada luego la rodilla levantaron al cielo ojos y manos los dos comendadores, y oraron fervorosamente. Levantáronse murmurando aún palabras santas, entraron en una caja cilíndrica de hierro que cerró el verdugo, y dada á poco la señal, rodaron monte abajo, con el estrépito del trueno que oímos retumbar sobre lejanas cumbres. Saltó al principio la caja de roca en roca lenta y pausadamente; pero aumentando á cada instante en velocidad y en fuerza, amenazó arrastrar tras sí cuanto encontraba al paso. No se detuvo ni en la raíz del monte; rodó largo trecho en la llanura.

El pueblo acudió á poco en tropel á rodear aquel fatal instrumento de muerte; y al ver magullados y cubiertos de sangre los cadáveres, no pudo menos de exhalar de su pecho un grito de indignación que fué acompañado de sollozos y abundantes lágrimas. Hombres, mujeres, niños, todos lloraron amargamen-